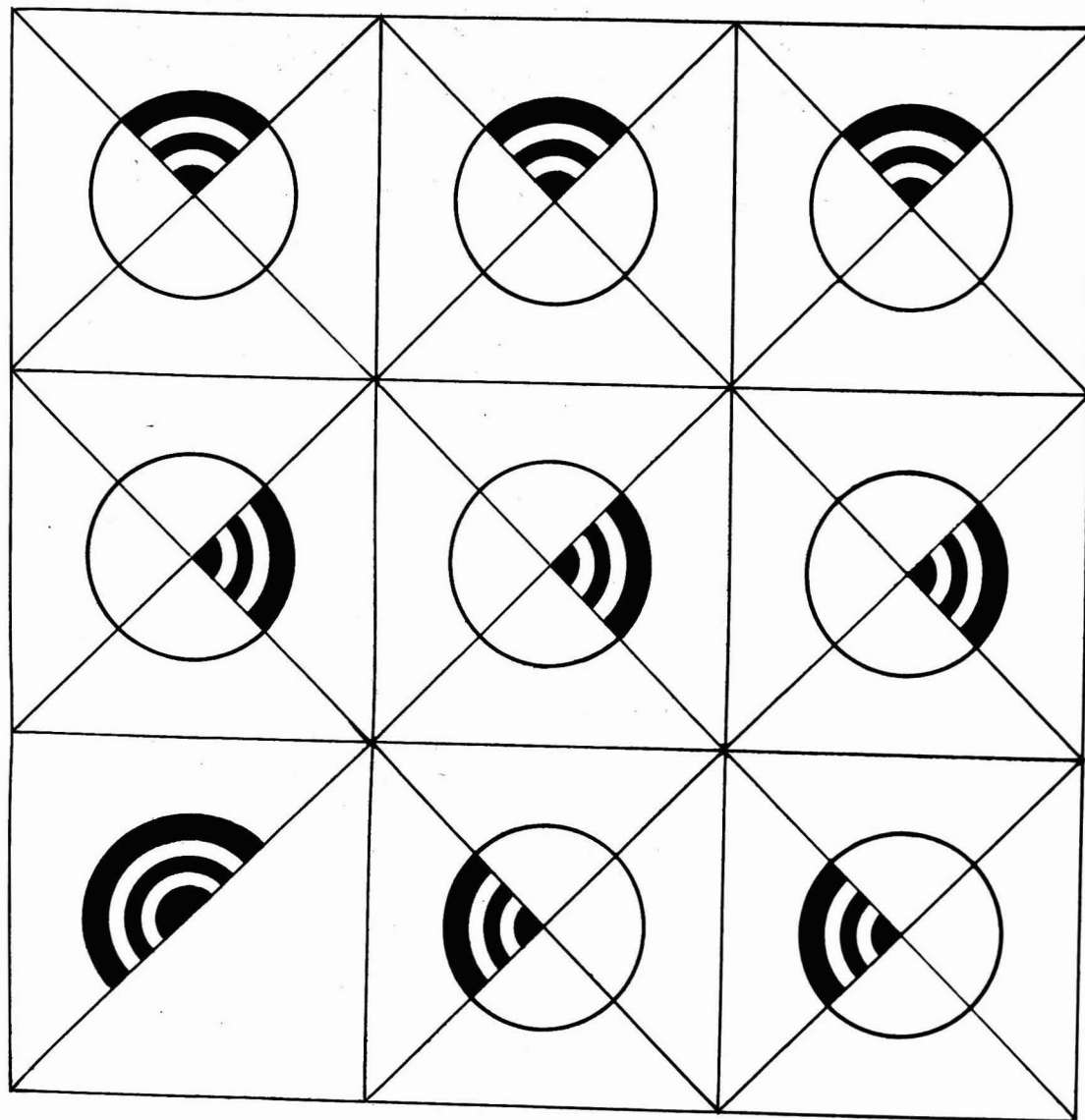




## MARCO ANTONIO VALDIVIA

El aislamiento ordenado o la ordenación aislada de elementos dados de la pintura: líneas y formas geométricas, colores planos y la persistencia de la imagen en primerísimo plano visual, común en la generación de pintores de los años sesenta proveniente y a su vez rechazante del llamado expresionismo abstracto norteamericano, parece prolongar su permanencia cuando sus afanes de renunciación y purificación (Frank Stella en la década pasada), toman prolongables los hallazgos de la generación posterior a Mondrian y quizá, por otra parte, la nostalgia de un idealizado Bauhaus. Con este tono, pero sumada al espíritu de búsqueda de un arte público desindividualizado, antianecdótico, la obra del chileno Marco Antonio Valdivia se somete a la renunciación, a la lucha contra el "vacío", al prescindir de la figuración, del emocionalismo, de la Naturaleza como provocadora, de la interioridad sublimada, para obedecer a una sensibilidad compositiva pura. Color y forma dados especulan con posibilidades máximas de armonía con un mínimo de rejuego. La composición austera, estática, exasperación contenida al trasponer el vacío, hace de cada zona de color una entidad enfática por sí misma y a la vez parte compositiva de una pintura autosuficiente.

La concepción mural de Valdivia a partir de un boceto reproducible a grandes dimensiones, duplicable o multiplicable, se aviene a un sentido mecánico, a una visión "moderna" del arte muralístico (o, en dado caso, ambiental), en el momento en que aprovecha la habilidad del artesano especializado para sus propósitos finales. El artista dirige su obra, su realización física, su acabado artesanal. La idea consumada es una presencia plástica amable, un ambiente cromático con base en espacio plano asimilado, como elemento, por la arquitectura, e integrable a la vida anímica del espectador incidental al que está dirigida. Libre de sucesos particulares, realizado impersonalmente por el artesano, el mural de Valdivia se abre, por su pureza, a ser gozado como un paisaje citadino ya que las grandes superficies regulares, calculadas, el ensamblaje exacto de las formas, el juego preciso y precioso del color son, por sí, paisaje imperturbable e imperturbador.

Valdivia cumple, en dado caso, la armonía ambiental propuesta para el interior de un edificio y devela la necesidad, por la promesa mayor en ciernes, de la proliferación de un modo de pintura, de una actitud plástica que, si no nueva, sí con una importancia aún no convenientemente advertida.

Luis Carlos Emerich